

Fuente de los tres niños

Charo Guerra

DE PIE, APRETADOS EN POSICIÓN TRIANGULAR, LOS TRES NIÑOS SOSTENÍAN LA fuente cubierta por una pátina de suciedad protectora. Un monumento en mármol, de perfección dramática, abandonado en las afueras. Daba la impresión de haber sido retirado en espera de nuevas estrategias urbanas.

Hice mi casa cerca de la escultura: dormía en el suelo, comía lo que hallaba en los alrededores, vivía pendiente del cuidado de la fuente seca y de sus recios pilares. Espantaba a los perros, a las ratas, luchaba contra la gente que dejaba allí sus bolsas de basura. Atendía con esmero el desamparo de las tres criaturas y su carga, un conjunto modelado por las manos de un virtuoso.

Limpiaba y pulía cada parte de los hermosos cuerpos, quería rescatar el brillo original de los ojos, aunque fuera de una manera dolorosa. Disculpaba mi trato llamándolos «hijos míos», acariciándolos como un verdadero padre. A pesar de la desmoralización que padecían, de la soledad, de los rostros compungidos por el pesado fardo, eran figuras imperturbables, de una elegancia grave.

En tantos meses nunca escuché de ellos ni un ay por el aseo tenaz con que los agracié dejándolos impolutos, tampoco una señal de gratitud. Hasta la noche que llegaron los hombres ebrios, riendo a carcajadas, golpeándome, gritándome mendigo, desalojándome.

Vi que los niños estiraron sus brazos hacia arriba, y como si cumplieran por fin una encomienda, lanzaron la fuente contra los intrusos. Fue un movimiento rápido, una respuesta vehemente. En segundos, dos cuerpos yacían debajo de la fuente transpuesta pero íntegra. Sentí la mirada generosa de los tres al mismo tiempo y, por primera vez, la luz que el escultor habría diseñado en esos ojos.

Salpicados de sangre todavía, retomaron sus dignidades de columna. Volvieron al pedestal. Bajando un poco la cabeza, colocaron los brazos —en curva y hacia atrás— y aplanaron las manos. Hieráticos, apretados como antes en un pequeño triángulo, sosteniendo el recuerdo de la fuente.